

Utilidad del miedo religioso

Pastor: Oscar Arocha

Enero 19, 2014

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; más bien temed a aquel que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno” - (Mateo 10:28)

Las enseñanzas del Evangelio tocante al sentimiento religioso de las personas, por lo general, corren entre dos extremos. Las proclamaciones se pasean de un extremo a otro. Por un lado, están los que han sido sobre impresionados con las misericordias de Dios, y ahí se quedan; estos presentan las verdades bíblicas como ajenas al castigo, o que Dios es sólo amor y nunca castiga, estos viven alejados de los principios divinos, y se concentran en las emociones y sentimientos religiosos, como si la vida de piedad sólo fuera devoción y no tanto obediencia a los Mandamientos del Señor. Por el otro lado, están los que han sentido el poder de la ira divina; estos, se concentran en ese aspecto de la revelación divina y presentan verdades evangélicas con mucha rigidez, se hacen escrupulosos, se sitúan en el otro extremo de la barra, o no pueden hacer un uso balanceado de los sentimientos de temor o miedo religioso.

Sin embargo, es muy claro de nuestro texto que el miedo religioso es legítimo: "Más bien temed a aquel que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno" (v28). Sobre ese asunto hablaremos hoy.

Nuestro sermón será así: **Uno**, Considerando las Palabras del pasaje. **Dos**, El uso del miedo religioso. **Luego**, La aplicación.

I. CONSIDERANDO LAS PALABRAS DEL PASAJE

En este pasaje nuestro Salvador da una atinada precaución contra la cobardía en los Creyentes, y lo dice así: "Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; más bien temed a aquel que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno" (v28). El sentir cobardía respecto a nuestra vida Cristiana no es algo nuevo, ni extraño, el Creyente en un momento u otro podrá ser atemorizado para retraer su obediencia al Evangelio, o que podrá ser tentado a tener más miedo a las criaturas que al Creador.

El texto sea desglosado en varias partes: Una exhortación negativa al miedo: "No temáis a los que matan el cuerpo." El poder limitado del enemigo: "No pueden matar el

alma." El remedio: "Más bien temed a aquel". La razón del remedio: "Que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno."

Una exhortación negativa al miedo. Esta dice así: "No temáis a los que matan el cuerpo." El miedo es un sentimiento natural, en una u otra ocasión seremos saltados con este sentir, y especialmente en la vida Cristiana. Nuestro texto se refiere con exclusividad al miedo religioso, y en eso los instrumentos de las tinieblas en este mundo trataran de amedrentarnos para que no sirvamos a Cristo. El miedo es el lazo que usa el diablo para controlarnos. Así que, no te sorprenda de que ocurran eventos que te hagan temblar, de sentir miedo o ver como poco beneficioso obedecer a Cristo. No serán pocos los que pretendan sacarte del camino infundiéndote miedo. Pero aun así, no le temas, no permitas que ese miedo controle tu vida, aun cuando esté de por medio perder la vida o que te parezca así: "No temáis a los que matan el cuerpo".

Poder limitado del enemigo: "No pueden matar el alma." Es cierto que el enemigo tiene poder para hacernos daño, y hasta tu cuerpo podrá quitarte, pero ese poder es limitado, no puede tocar el centro de tu ser, tu misma vida. Dice el salmista: "Luz se ha sembrado para el justo" (Salmos 97:11), esto es, que la luz de la vida ha sido sembrada en el corazón Creyente, y así como nadie puede matar la luz, ni siquiera mezclarla con otras cosas, tampoco el alma del santo. Podrán tocar y maltratar el cascarón, pero no el embrión. Ellos pudieran encenderse en terrible ira contra ti, y separarte del cuerpo, pero no de Dios. De aquí se infiere: Si fuésemos más cuidadosos del alma, fuésemos menos miedosos de los hombres, porque la muerte del cuerpo no es un daños real contra el verdadero Creyente.

El remedio al miedo carnal: "Más bien temed a aquel." El temor o miedo es un sentimiento natural, y el objeto de ese miedo o temor debe ser exclusivamente el Señor, nadie más. Cuando el fin de nuestro miedo es Dios mismo, entonces seríamos librados del miedo esclavizante. Debemos, pues, cuidar que Dios sea nuestro miedo. El temor o miedo a Dios por causa del castigo que vendría si no obedecemos la verdad, es propio del Evangelio, y necesario.

El Señor Jesucristo es la compasión o misericordia de Dios manifestada en carne, y El mismo nos manda aquí que tengamos miedo de Dios, que procuremos no desobedecerlo para que no seamos castigados. Y para que no quepan dudas el profeta menciona ambos sentimientos: "Al Señor de los ejércitos es a quien debéis tener por santo. Sea El vuestro temor, y sea El vuestro terror" (Isaías 8:13). Un verdadero Evangélico tendrá temor y miedo de la ira de Dios, o que se cuidaría en su hablar, pensar y actuar para no despertar el enojo de nuestro Padre Celestial. Este temor reinando en el corazón será un poderoso antídoto contra el miedo a los hombres. Lo contrario sería causa de mucho mal, y porque no, de angustias también.

La fuerza del remedio: "Que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno." El miedo al infierno es un vigoroso estímulo para huir de la desobediencia a Dios. Este miedo o temor es suficiente para poner control a los apetitos de la carne. La razón determina que cuando una gangrena ha invadido un miembro, es preferible cortar ese miembro antes de que contamine todo el cuerpo y así salvar el resto. Cuánto más razonable será resistir el miedo a los hombres y salvar el alma de la muerte eterna. Es notorio que el Señor menciona claramente y sin rodeos lo extensivo del castigo en el infierno: "Puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno", y lo dice para que los hombres hagan uso de un buen razonamiento, de que es mejor temer a Dios que a los hombres. De paso vemos, que ciertamente hay un infierno, y sería la ruina de todo el hombre, que la muerte no es como caer en un letargo donde la persona no sabe ni siente nada, si así fuese la muerte del cuerpo no sería también la muerte del alma. Cuando el alma se pierde también el cuerpo. Este castigo o destrucción viene del poder de Dios, y su causa, no fue adulterio o crimen sino falta de temor al Señor.

II. EL USO DEL MIEDO RELIGIOSO EN LA PREDICACIÓN

Este sentimiento de miedo al castigo divino es un poderoso instrumento usado por el mismo Cristo para despertar el alma. Hay ocasiones donde el Creyente ha caído en pecado, y este sentimiento le produce tal terror que la persona es sacudida con tal vigor que se suelta del pecado. También este sentimiento en su sentido filial nos lleva amar la verdad: "El temor del Señor es el principio de la sabiduría" (Proverbios 1:7). Así que, en cualquiera de sus formas temor a Dios es beneficioso al alma que cree. Quién tenga este buen sentimiento de miedo podrá mirar las demás perturbaciones como nada, o que este miedo libra de todo otro temor. Nuestro Salvador lo manda así: "Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; más bien temed a aquel que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno." Este miedo en sí mismo es algo desagradable, pero su fin es bueno. El vomito es amargo, pero administrado después de una intoxicación salva la vida. Lo sabio es administrarlo con la debida precaución, pues no se debe usar de continuo. Su empleo es hacer pasar un mal rato al individuo, y luego llevarlo a una mejor condición, con sentimientos agradables, entonces el temor o miedo a Dios conduce al amor.

El temor religioso y la ansiedad existencial son la ante sala del gozo y la paz Cristiana. Son los desajustes que nos ajustan. Un caso: "Mientras callé mi pecado, mi cuerpo se consumió con mi gemir durante todo el día. Porque día y noche tu mano pesaba sobre mí; mi vitalidad se desvanecía con el calor del verano. Te manifesté mi pecado, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor; y tú perdonaste la culpa de mi pecado" (Salmos 32:3-5,11). Como si le hubiesen dado continuos azotes sobre la conciencia, para luego de curado ponerlo a cantar. Cuando el alma reconoce su pecado e iniquidad llega la paz. El miedo o temor a Dios es como las inundaciones de mayo, que luego paga sus daños con abundantes cosechas. Cuando la persona siente la indignación divina, es como la zapata que ha de sostener el edificio del amor de Cristo en el corazón, y así fue de El profetizado: "Simeón los bendijo, y dijo a su

madre María: He aquí, este niño ha sido puesto para la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción" (Lucas 2:34). Para ser levantado con Jesús, antes debemos caer. Esta caída es algo espiritual, es verse como muerto a sí mismo.

Con plena certidumbre podemos decir, que próximo al amor, no hay un sentimiento tan fuerte y de tanto beneficio en la vida Cristiana como el miedo o temor a Dios. Veamos un caso negativo y otro positivo del poder de tal sentimiento.

Negativo, David cuando descuidó su deber: "Aconteció que en la primavera, en el tiempo cuando los reyes salen a la batalla, David envió a Joab y con él a sus siervos y a todo Israel... Pero David permaneció en Jerusalén. Y al atardecer David se levantó de su lecho y se paseaba por el terrado de la casa del rey, y desde el terrado vio a una mujer que se estaba bañando; y la mujer era de aspecto muy hermoso... David envió mensajeros y la tomó" (2 Samuel 11:1-4). Será normal en el hombre que al ver una bella mujer desnuda, se levanten en su corazón fuertes sentimientos de codicia, sin temor a Dios no hay mortal que puede refrenar tal deseo.

Positivo, José: "Sucedió después de estas cosas que la mujer de su amo miró a José con deseo y le dijo: Acuéstate conmigo... entonces ella lo asió de la ropa, diciendo: ¡Acuéstate conmigo! Mas él le dejó su ropa en la mano, y salió huyendo afuera..." (Génesis 39:7,12). Uno se pregunta ¿cómo pudo José enfrentar los ataques de enamoramiento de esa mujer? He aquí la respuesta: Los sentimientos del temor o miedo: "¿Cómo entonces iba yo a hacer esta gran maldad y pecar contra Dios?" (Génesis 39:9).

Este tema debe ser parte obligada de la predicación en uno que otro caso. Así se lo manda Pablo a sus discípulo, nótese: "Uno de ellos, su propio profeta, dijo: Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, glotones ociosos. Este testimonio es verdadero. Por eso, repréndelos severamente para que sean sanos en la fe" (Tito 1:12-13). Como si Pablo le hubiese dicho a Tito que a los individuos que persisten en seguir dentro de la Iglesia con la misma conducta que tuvieron en el mundo, o que en caso de pecados conocidos hay que hablarles de tal manera que despierte en ellos sentimientos de vergüenza frente a Dios, o frente a la Iglesia, que los avergüences delante de todos, que los llene de miedo religioso para que sean sanos en la fe. En algunos, una fe sana se da después de ser poseídos con fuertes sentimientos de temor. El caso no puede ser más evidente. Los pastores en ocasiones deben amolar sus lenguas para reprender algunos hombres convictos de pecado. Eso es bíblico, es un remedio basado en sentimientos de miedo religioso.

El Infierno. Con relación a esto debemos aquí decir algunas verdades. Las miserias terrenales siempre están acompañadas de algún consuelo. Ningún hombre es torturado con todas las enfermedades, ni abandonado por todos sus amigos, sus dolores son

intermitentes, no son continuos. Y cuando las aflicciones son irremediables aparece alguien que se condele de uno y el dolor se aligera. En el infierno las cosas no son así, sino que los condenados son rodeados de terrores, sin nada que los alivie o refresque, toda esperanza de consuelo desaparece: "El diablo que los engañaba fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos... Pero los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, inmorales, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su herencia en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda" (Apocalipsis 20:10;21:8); el infierno es descrito como un lago de fuego y azufre. Pregunta, ¿cómo es posible que el alma inmaterial sienta dolor del fuego material, cuando uno es invisible y el otro no? Es Dios quien ha decretado que sea así. El fuego ordinario no es una adecuada representación del verdadero infierno que espera a los incrédulos. El fuego aquí es preparado por los hombres, pero el fuego allá ha sido preparado por la ira de Dios para el diablo, y todos los incrédulos o inconversos de todas las épocas.

Hoy vimos: Que el miedo religioso es de uso legitimo y necesario en la predicación del Evangelio salvífico. Se expuso Considerando las Palabras del pasaje. Y su utilidad en la predicación.

APLICACIÓN

1. **Hermano: Aprendamos hacer buen uso de las justas reprensiones y el miedo religioso.** Todos los que están en autoridad legitima, tienen este ejemplo de Cristo para advertir a los demás del peligro a que están expuestos si deprecian el gobierno de Dios sobre sus vidas. Sea, pues, usado con ellos un lenguaje de reproche sobre lo mal hecho, y así sea traído el ofensor a un estado de paz, al cultivo del buen juicio y sensatez. En particular aplica a los padres y los que tienen autoridad espiritual sobre el alma de otros. Con relación a esta clase de lenguaje el hombre sabio lo dice así: "Al que dice al impío: Justo eres, lo maldecirán los pueblos, lo aborrecerán las naciones; más los que lo reprenden tendrán felicidad, y sobre ellos vendrá abundante bendición" (Pro.24:24-25). Procura hacerlo como Cristo, ya que levantó la mirada de los que le oían al mandato de Dios: "Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; más bien temed a aquel que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno ."

2. **Amigo: Sean estas palabras una clara evidencia de la tierna misericordia de Dios contigo.** Cuan diligente es Cristo para salvar a personas que por propia voluntad quieren ser condenados. Su lenguaje les presenta el infierno con figuras más violentas y terribles y despertarlos, darles miedo, y con sus sentimientos aterrorizados se vean empujados a huir de la ira, clamando por Jesucristo. Los atemoriza, aconseja, urge a ser salvos y prevenir el mal que cada hora está más cerca de ti. Con compasión e indignación lamenta su miseria, les reprende para hacerlos volver en sí.

Pero es tan triste la insensatez del incrédulo, que si huelen una enfermedad son capaces de caminar cielo y tierra por la salud, pero si Dios les advierte sobre el infierno para el bien de su cuerpo y alma, no prestan atención cuando la muerte para ellos es lo más seguro en este lado del cielo.

Amigo, no mal interpretes las cortantes palabras que a veces te trae el Evangelio, no es para mal, sino para bien de tu alma, para producir en ti sentimientos de miedo, y sean luego sentimientos de felicidad; óyelo: "Hijo mío, no tengas en poco la disciplina del Señor, ni te desanimas al ser reprendido porEl" (Hebreos 12:5).

AMÉN